

2. Tom Engelhardt *

Resucitando a mis padres de entre los muertos para las elecciones de 2016

Traducción: Ana Bochicchio

Creando una “democracia” nacional de seguridad estatal o cómo el sistema político americano cambió y nadie se dio cuenta

Decir que ésta es la elección del infierno, es insultar al infierno.

No ha habido nada como esto desde que Washington cruzó el Rubicón o Trump cruzó el Delaware o pronunció el discurso de Gettysburg (ya saben, el que comenzó “cuatro puntos y once mujeres atrás...”) - o escojan su propio momento seminal de la historia norteamericana.

Billones de palabras, esa cara, esos gestos, los interminables insultos, las mujeres abusadas y los emails, el espectáculo 24/7 de todo... Pase lo que pase el día de la elección, aceptemos una realidad: estamos en una nueva era política en este país. Simplemente no la hemos comprendido bien. No realmente.

* Original: “Resurrecting My Parents From the Dead for Election 2016”, TomDispatch.com, 3 de noviembre de 2016, http://www.tomdispatch.com/blog/176206/tomgram%3A_A_engelhardt_resurrecting_my_parents_from_the_dead_for_election_2016/

Olvídense de Donald Trump.

¡Oh! ¿Por qué escribí eso? ¿Cómo es posible olvidar al primer candidato presidencial de nuestra historia preventivamente reacio a aceptar los resultados electorales? (Incluso el Sur en 1860 aceptó la elección de Abraham Lincoln previamente a decirle adiós a la Unión). ¿Quién puede olvidar al hombre que expresó que los abortos pueden realizarse en el mismo día o el día anterior del nacimiento? ¿Quién puede olvidar al hombre que dijo en frente de una audiencia de casi 72 millones de norteamericanos que él nunca conoció a la mujer que lo acusó de abuso y agresión sexual, incluyendo al periodista de la revista *People* que lo entrevistó? ¿Quién puede olvidar al candidato que, mes tras mes, citó orgullosamente sus sondeos de resultados positivos en manifestaciones y en tweets, previamente (cuando esos mismos sondeos se volvieron en su contra) a descubrir que fueron todos falsificados?

Lo que sea que piensen del Donald, ¿quién en el mundo - y me refiero al mundo entero (incluidos los iraníes) - puede olvidar a él y a la elección que ha acosado tan ominosamente? Sin embargo, cuando piensas en él no hagas de él la causa de la disfunción política norteamericana. Él simplemente es el bizarro, perturbado y perturbador síntoma de la transformación del sistema político norteamericano.

Ciertamente, es un político único en su clase, incluso entre sus asociados, al agitar el nacionalismo de derecha y a los movimientos “anti-lo-que-sea” de manera global. Él hace que la francesa Marine Le Pen se vea como el

alma de la racionalidad y el presidente filipino Rodrigo Duterte parezca un maestro táctico de nuestra era. Pero lo que realmente convierte a Trump y a esta temporada electoral en fascinantes y confusas, es que no sólo estamos hablando de la presidencia de un país, sino del país. Los Estados Unidos permanecen como el mayor estado imperial del planeta Tierra en términos de su alcance militar y el poder de su economía y su cultura para influir en el trabajo de todo en prácticamente todos los lados. Aun así, basándose en el extraño último año de campaña electoral, es difícil no pensar que algo - y no sólo el Donald - anda inquietantemente mal en el planeta Tierra.

La generación de la Segunda Guerra Mundial en 2016

A veces, en mis fantasías (como mientras miraba el último debate presidencial), realizo un milagro privado y traigo a mis padres de vuelta desde la muerte para que observen nuestro mundo norteamericano. Con ellos en el cuarto, trato de imaginar la incredulidad que muchos de aquella generación de la Segunda Guerra Mundial seguramente expresarían sobre nuestro momento presente. Por supuesto, ellos vivieron una depresión devastadora, años luz de lo que experimentamos en la Gran Recesión de 2007-2008, al mismo tiempo que un incendio mundial de un tipo que nunca había sido experimentado y - excepto por la guerra nuclear - no es probable que ocurra de nuevo.

A pesar de esto, no tengo dudas de que estarían sobresaltados por nuestro mundo y

la versión particular del caos con el que vivimos hoy en día. Para empezar a un nivel global, mi madre (que murió en 1977) y mi padre (que murió en 1983) pasaron décadas en la era nuclear, la era del mayor logro - por falta de una palabra mejor - de la humanidad. Después de todo, por primera vez en la historia, los humanos quitamos el Apocalipsis de las manos de Dios (o los dioses), donde había residido por miles de años, y lo colocamos directamente en las nuestras. Lo que ellos no experimentaron, sin embargo, fue el segundo histórico potencial punto de quiebre, el cambio climático que ya está trayendo convulsión al planeta y amenazando con un apocalipsis en cámara lenta, de un tipo sin precedentes.

Mientras que las armas nucleares no han sido usadas desde el 9 de agosto de 1945, incluso si se han esparcido hacia los arsenales de numerosos países, el cambio climático debe ser visto como una versión a ritmo caracol de la guerra nuclear - y tengan en mente que la humanidad todavía está bombeando niveles record de gases de efecto invernadero en la atmósfera. Imagino el asombro de mis padres con que el más peligroso y confuso problema del planeta no sea cuestionado, ni hablar de dar una respuesta, en los tres debates presidenciales de 2016. Las cuatro horas y medias de acusaciones, insultos e interrupciones simplemente pasaron. Tampoco el moderador ni el evidentemente indeciso votante (en el segundo debate en el ayuntamiento), ninguno de los candidatos presidenciales - cada uno listo para cambiar el tema en el momento de preguntas incómodas sobre agresiones sexuales, emails o cualquier otra cosa - a pesar de que éste

tema merecía la más leve atención. Fue, en breve, un problema demasiado grande para discutir, uno cuya existencia es negada por Donald Trump (tal como otros republicanos) o que, en su caso, califica como un “engaño” del que culpa sólo a un complot chino para hundir a Estados Unidos.

Tanto la locura como la inanidad cuando se trata de la mayor pregunta de todas. En una escala algo más modesta, mi mamá y mi papá no hubieran podido reconocer nuestro mundo político como norteamericano y no sólo por Donald Trump. Hubieran estado asombrados por el dinero vertido en el sistema político - al menos \$6.6 billones en este ciclo electoral de acuerdo con la última estimación, más del 10% de sólo 100 familias. Hubieran estado aturcidos por nuestras elecciones 1%, por nuestra nueva Era Dorada, por una celebridad billonaria de televisión candidateándose como un “populista” enardeciendo a los una vez demócratas blancos de clase trabajadores empobrecidos por sus marca de casino capitalista, estafa y espectáculo; por todos los otros billonarios poniendo plata en el Partido Republicano para crear un Congreso que manipule las elecciones, que hará sus ofertas obstruccionistas y por cuánta plata pueda ser “invertida” en nuestro sistema electoral de modos perfectamente legales en estos días. Y ni siquiera he mencionado a la otra candidata, que pasó todo agosto en el verdadero “proceso de campaña” codeándose, no con norteamericanos comunes, sino con millonarios y billonarios (y variadas celebridades) para construir su fenomenal “cofre de guerra”.

Tendría que haber inspirado profundamente y explicarles a mis padres que, en los Estados Unidos del siglo XXI, por medio de un decreto de la Suprema Corte, el dinero se convirtió en el equivalente de un discurso, incluso si es cualquier cosa menos “libre”. Y no olvidemos el otro imán financiero de las elecciones norteamericanas de estos días: las noticias de televisión, sin hablar del resto de los medios. ¿Cómo podría empezar a explicar a mis padres, para quienes las elecciones eran un evento otoñal limitado, la naturaleza bizarra de una estación de elecciones que comienza con la especulación de los medios sobre el próximo en la fila ni bien está terminando la estación previa y continúa más o menos sin fin después de eso? ¿O el espectáculo de parlanchines discutiendo 24/7 sobre nada más que las elecciones en la televisión por prácticamente un año entero, o los billones de dólares de publicidad que han alimentado este Super Bowl sin fin de las campañas, llenando las arcas de los dueños del cable y de las redes de noticias?

Extrañamente, nos hemos acostumbrado a todo esto pero, sin duda, mi mamá y mi papá hubieran pensado que estaban en otro país - y eso hubiera sido antes de que fueran introducidos al sistema norteamericano tal como existe ahora, para el cual Donald Trump es un bizarro líder sin verdadero poder.

¿Qué planeta es éste de todos modos?

Desearía tener todavía mi texto escolar de cívica. Si tienes cierta edad, lo recordarás: aquel en el que un hombre de Marte aterriza en Main Street, USA, para ser instruido sobre

las glorias de la democracia norteamericana y nuestra cuidadosamente construida y chequeada-balanceada forma de gobierno tripartita. Estoy seguro de que tal conocimiento cambió la vida de Marte para mejor, incluso si ello ya en la época de mis padres era una especie de fantasía aquí en la Tierra. Después de todo, el presidente republicano Dwight D. Eisenhower -mi mamá y mi papá votaron por el demócrata Adlai Stevenson - fue el primero que llamó la atención del pueblo norteamericano, en su discurso de despedida de 1961, sobre “el potencial para el desastroso crecimiento de poder mal colocado” y “el complejo militar-industrial”.

Sí, todo estaba cambiando entonces, mientras un estado beligerante en tiempo de paz con un tamaño sin paralelo se desarrollaba en este país. Aun así, treinta años después de la muerte de mi padre, mirando el paisaje americano, mis padres hubieran creído estar en Marte. Sin duda se hubieran preguntado qué le sucedió al país que ellos conocieron. Después de todo, gracias a las políticas de “tierra quemada” del Partido Republicano de los últimos años en un Washington y un Congreso bipolar, esa colección de diputados putativos de la gente (ahora una tripulación de bien pagos y bien financiados representantes de los intereses especiales del país en una capital rebasada de lobistas corporativos), apenas sigue funcionando. Poca importancia tiene esto a través de las puertas del Capitolio. Recientemente, por ejemplo, John McCain (usualmente considerado un relativamente “moderado” senador republicano) sugirió – antes de negar sus comentarios – que si

Hilary Clinton era elegida presidente, sus colegas senadores republicanos podrían decidir a priori no confirman a ninguno de sus nominados para la Suprema Corte de justicia durante el transcurso de sus funciones. Por supuesto, eso significaría un tribunal reducido a lo que parece ser un equipo permanente de ocho personas que se reduciría en consecuencia. Y sus comentarios, que en otro momento hubieran shockeado a los norteamericanos hasta los huesos, apenas causaron una oleada de descontento o protesta.

En mi tour por este nuevo mundo, debería empezar por señalar a mi mamá y a mi papá que los Estados Unidos ahora están en un estado de guerra permanente, con sus militares actualmente envueltos en conflictos en al menos seis países del Medio Oriente y África. Todos estos son puramente conflictos presidenciales, puesto que el Congreso ya no tiene un rol real en la política de guerra norteamericana (no más que poniendo la plata para financiarla y tocando los tambores para apoyarla). La rama ejecutiva está sola en lo que se refiere a los poderes de guerra, alguna vez chequeados y balanceados en la Constitución.

Y no quisiera que mis padres simplemente miren al extranjero. La militarización de este país ha avanzado rápidamente y de maneras que, no tengo la menor duda, les sacudiría el corazón. Podría llevar a mis padres, por ejemplo, a Grand Central Station en Midtown, Manhattan, su hogar y aun el mío, y en cualquier día de la semana verían lo que alguna vez fue inconcebible: soldados reales armados, con vestimenta de camuflaje. Podría mencionar que, en mi estación de

subte local, he observado muchas veces un escuadrón antiterrorista de la policía de Nueva York que podría ser confundido con un equipo militar de Operaciones Especiales, con rifles de asalto colgados en sus pechos y ni siquiera nadie se detiene ni tontea más. Podría señalar que la vestimenta de la policía de un lado al otro del país se parece cada vez más al de las unidades militares y es suministrado por el Pentágono junto al armamento y equipo directamente traído de los distantes campos de batalla de Estados Unidos, incluyendo vehículos blindados de diferente clase. Podría mencionar que los drones militares de vigilancia, precursores de la futura guerra robótica (y, para mis padres, salidos de las novelas infantiles de ciencia ficción que yo solía leer), hoy en día están regularmente en los cielos norteamericanos; que equipos avanzados de vigilancia desarrollados en lejanas zonas de batalla, están siendo usados por la policía aquí en casa; y que, a pesar de que el asesinato político fue oficialmente prohibido luego de Watergate en los '70, el presidente ahora comanda una formidable fuerza de drones de la CIA que regularmente comete tales asesinatos a lo largo de grandes franjas del planeta, incluso contra ciudadanos norteamericanos y sin el permiso de nadie fuera de la Casa Blanca, incluidas las Cortes. Podría mencionar que el presidente que, en la época de mis padres, comandaba un modesto ejército secreto, paramilitares de la CIA, ahora esencialmente preside sobre un ejército secreto de gran escala, el comando de Operaciones Especiales: 70.000 tropas de elite cubiertas dentro de la más grande fuerza militar norteamericana, incluidos grupos de elite preparados para ser

desplegados en lo que esencialmente son misiones ejecutivas a lo largo del planeta.

Podría señalar que, en el siglo XXI, la Inteligencia norteamericana estableció un estado global de vigilancia que avergonzaría a los poderes totalitarios del siglo pasado y que los ciudadanos americanos, en masa, están incluidos en él; que nuestros emails (un término nuevo para mis padres) han sido recogidos por millones y que nuestros registros telefónicos se hicieron accesibles al estado; que la privacidad, en resumen, ha sido esencialmente declarada anti-americana. También señalaría que, sobre la base de un día trágico y lo que de otro modo ha sido la más modesta de las amenazas a Estados Unidos, un simple miedo - del terrorismo islámico - ha sido el pretexto para la construcción del ya existente estado de seguridad nacional en un edificio de proporciones increíbles al que se le han otorgado poderes inimaginables, justificados en modos que deberían sorprender a cualquiera (no sólo a visitantes del pasado norteamericano) y se ha convertido en la cuarta rama no-oficial del gobierno americano, sin discusión ni voto.

Lo poco que hace - y hace mucho - está abierto al escrutinio público. Por su propia "seguridad", "la gente" no debe saber nada de su funcionamiento (excepto lo que quiera que sepan). Mientras tanto, una clandestinidad de tipo claustrofóbica se ha expandido a través de partes significativas del gobierno. El gobierno clasificó 92 millones de documentos en 2011 y las cosas no parecen haber mejorado desde entonces. Además, el estado de seguridad nacional ha estado elaborando un cuerpo de "leyes

secretas” - incluyendo reglas clasificadas, regulaciones e interpretaciones de leyes ya existentes - desconocidas para el público y, en algunos casos, incluso para los comités parlamentarios de supervisión.

Los norteamericanos, en otras palabras, saben aún menos de lo que su gobierno hace en su nombre y en el exterior.

Yo sugeriría a mis padres que simplemente imaginen a la Constitución de Estados Unidos siendo reescrita y enmendada en secreto y en la marcha de estos años, sin inclinar la cabeza a “Nosotros, el pueblo”. De este modo, mientras nuestras elecciones se convierten en espectáculos elaborados, la democracia fue exprimida y abandonada en todo menos en el nombre - y eso nombre es sin duda Donald Trump.

Consideremos, pues, una breve versión de cómo podría describir nuestro nuevo mundo americano a mis sorprendidos padres.

Estados Unidos como un Estado de Seguridad Nacional

Nada de todo esto es responsabilidad del Donald. En los años en los que se desarrollaba el nuevo sistema norteamericano, él estaba despidiendo gente en la televisión. Podrías, por su puesto, pensar en él como el chico del poster de una América en la que el espectáculo, la celebridad, la clase dorada del 1% y el estado de seguridad nacional se han fusionado en un narcisista, auto-referencial de notable toxicidad.

Ya sea Hillary Clinton o Donald Trump quien sea elegido presidente, una cosa es obvia: el vasto edificio que es el estado de seguridad nacional, con sus 17 agencias de inteligencia y su enorme imperio militar, se continuará construyendo a sí mismo y expandiendo su poder en nuestro mundo americano. Ambos candidatos han jurado destinar aún más dinero en los aparatos militares, de inteligencia y de seguridad doméstica. Nada de esto, por supuesto, tiene mucho que ver con la democracia norteamericana como fue una vez imaginada.

Tal vez algún día, como mis padres, “yo” sea traído desde los muertos por alguno de mis hijos para ver con temor y horror el mundo que exista. Mucho después de que un Estados Unidos de la inimaginable presidencia de Donald J. Trump o de una versión mucho más imaginable de Hillary Clinton de lo mismo haya sido doblado en algún terrible, medio-olvidado capítulo de nuestra historia, me pregunto, ¿qué me sorprendería o confundiría a “mí” entonces? ¿A qué versión de nuestro país y nuestro planeta “me” enfrentaré en 2045?